

En México no pasa nada, hasta que pasa

Alfredo Acle Tomasini©

Esta frase, cuya autoría algunos se la adjudican a Ruiz Cortinez, resume de manera lapidaria una cultura de la imprevisión que se manifiesta tanto en el ámbito personal como en muchos aspectos de nuestra vida nacional. Por ello no extraña que lo contrario brille por su ausencia; imaginar el futuro como una fórmula para saber encararlo, no es un rasgo que nos caracterice como sociedad, y si ha sido en cambio, una condena a padecer lo que no hemos sabido, o lo que es peor, no hemos querido prever.

Cuando ocurrió el temblor de 1985, las muestras de solidaridad social entre mexicanos que borraron diferencias sociales en aras del bien común, crearon en nosotros, y con mucha razón, un sentido de pertenencia y orgullo colectivo, porque nos dimos cuenta que la unión alrededor de objetivos compartidos provocó una capacidad de reacción por encima de la suma de todos, al punto de evidenciar que la sociedad civil pudo más – mucho más – que el propio gobierno.

Pero estos sentimientos legítimos de orgullo nos hicieron ser indulgentes para evaluar nuestra responsabilidad, y cómo nos pasa cuando vemos juegos pirotécnicos, preferimos mirar al cielo y deslumbrarnos con el resplandor de mil colores, que observar, a nivel del piso, una realidad tan dolorosa como evidente de nuestra miopía y tolerancia a la mediocridad y a la corrupción.

Edificios habilitados como talleres de costura cuyo sobrepeso no era difícil de advertir, y construcciones cuyo hundimiento atestiguaba el cambio de las características del suelo sobre el que estaban cimentados, producto de una explotación irracional del manto acuífero de la ciudad de México, eran, y en algunos casos siguen siendo, evidencias de riesgos catastróficos inminentes ante situaciones límite. Ahí estuvieron por años enfrente de nuestras narices, toleramos sus orígenes perversos, nos hicimos de la vista gorda; al fin que nunca había pasado nada... hasta que pasó.

Después del temblor de 1985, las inundaciones de Tabasco son el peor desastre natural que ha vivido México, y cuyos costos y consecuencias todavía son difíciles de cuantificar. Ciertamente, el exceso de lluvias es la causa de este siniestro. Basta mencionar que la precipitación pluvial que hubo en esa entidad durante octubre equivalió al 34% del volumen anual acumulado hasta esa fecha, y que sólo el volumen de agua descargado en ese mes fue cuatro veces superior al promedio de los primeros nueve meses del año.

Ante un fenómeno de esta magnitud es difícil salir inmune. Pero en Tabasco, como ocurrió, y sigue sucediendo en el Distrito Federal, los riesgos catastróficos se han exacerbado como consecuencia de improvisaciones, políticas aplicadas a la ligera y omisiones deliberadas, de quienes han preferido ocultar y posponer, antes que atreverse a hablar con la verdad y actuar en consecuencia.

En los años setenta, los gobiernos estatal y federal, impulsaron el desarrollo de la ganadería del Estado a costa de su tradicional vocación agrícola. Miles de hectáreas se deforestaron para convertirlas en pastizales, se introdujeron razas acordes con el clima de la entidad y se realizaron inversiones en rastros que convirtieron a Tabasco en un exportador de carne al resto de la República.

Pero la naturaleza también hizo su parte. Los terrenos desmontados han sido desde entonces deslavados por las lluvias; lenta pero inexorablemente el agua de temporal transporta cada año miles de toneladas de tierra de la superficie al cauce del Grijalva. Una porción de ellas se asienta en su fondo, reduciendo su calado e incrementando el riesgo de inundaciones; el resto, viaja hasta el mar pasando por Villahermosa, donde varias plantas clarificadoras intentan, parcialmente y a un altísimo costo, devolverle al agua algo de su transparencia, lo que crea una situación inaudita; en Tabasco sobra el agua, pero más la turbia.

Después de la pérdida de vidas humanas y de bienes que significaron años de esfuerzo y sacrificio, el mayor dolor que nos puede dejar una tragedia es la incapacidad para aprender de ella. Ciertamente, los fenómenos naturales matan y destruyen. Pero ellos no tienen voluntad, simplemente ocurren. En cambio nuestra voluntad, no podrá evitarlos, pero si atemperar sus consecuencias.

Cuando la solidaridad social sólo sirve para resolver efectos y no atender causas, no pasa de ser un recurso que nos permite redimir nuestros errores y omisiones, pero que no nos sirve para aprender de nosotros y ser mejores.